

El muchacho le dijo: - ¿A poco ya voy a salir? El alcalde no le contestó; pensó sobre su acción. El otro se sentó, decepcionado y cabizbajo.

Después de un momento de titubear, él fue soltando su idea como tratando de aparentar que la cosa tenía que hacerse de esa manera, porque no había alternativa. El muchacho primero no le puso atención pero después sí y se puso de pie. Levantó la mirada hacia la ventanilla abarrotada y le comentó:- Así que ahora sí sirvo para algo con tono sarcástico. El alcalde no abrió la boca. El otro a los pocos minutos preguntó: - ¿Y, las llaves de la camioneta? El alcalde sin decir más, las sacó de su bolsillo y se las entregó; cuando arrancó el vehículo el alcalde tapó su rostro con las manos.

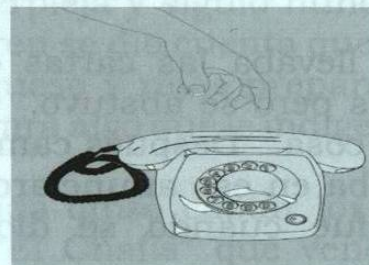


TAL VEZ

A mi padre: Simón R. González

Subió maquinalmente, acomodó su maleta y se sentó con la mente en blanco. A los pocos minutos tuvo la sensación de que el tren se movía; era falso, el que estaba en la otra vía era el que marchaba primero. Dejaba Veracruz, volvía a Monterrey. Oyó de lejos el silbato que anunciaba la partida. El ruido lo centró en su realidad. En su corazón llevaba más peso que en la maleta.

Los pocos árboles de la ciudad empezaron a cruzar por su ventana, Gustavo comenzó a recordar sus infortunios. Ocho años atrás había llegado con la ilusión de trabajar y enviar dinero a sus padres y a Tala, su novia. Pero la carta que le habían dado no sirvió y tuvo que buscar todo tipo de empleos, lo que iba saliendo, primero para sobrevivir y después, cuando la cosa mejoró, hacer sus primeros envíos.



En todo ese tiempo las cosas habían cambiado. Al principio hubo muchas llamadas, cartas, incluso telegramas, pero después él fue bajándole a la comunicación, y es que había conocido a Nelly, la hija del dueño del restaurante donde fue contratado como mesero. Entre saludo y saludo, sonrisas y miradas, surgió la atracción mutua que los hizo pensar en el casorio.

El padre no estuvo de acuerdo, Nelly apenas tenía dieciséis años, así que hubieron de esperar a que cumpliera los dieciocho. La madre de Gustavo fue quien primero se dio cuenta del despego del muchacho; en una de las llamadas le dijo al despedirse: -Te noto raro, ¿Te pasa algo? Él sólo supo contestar: ¿Por qué me lo pregunta? Ella le dijo: -No sé, no preguntas por Tala. Él respondió: -A ella le hablo aparte. La madre le reclamó: -Me dijo que hace mucho que no le hablas. Gustavo decidió colgar y rápido agregó: -Es por el trabajo, ya sabes; pero ella nada ingenua le incriminó: -No, si yo nada sé, el que sabe cuál es tu cuento eres tú- y fue ella quien colgó primero.

En la maleta llevaba las cartas de Tala, sintió el impulso de releerlas pero se abstuvo. Desde que murió Nelly no hacía otra cosa. Después cambió de idea y sí lo hizo. Cuando estaba en eso anunciaron que pasaran al vagón-comedor y fue cuando se dio cuenta que ya



estaban pasando por la capital, la lectura lo había embebido al grado de que no se dio cuenta de la parada de Córdoba.

Después de comer siguió el cigarrillo, la tos, el baño y después de hora y media regresó a su lugar. Cerró los ojos. No quería pensar; su cabeza era un caos. Sin saber cómo se situó en el momento en que dejó Monterrey. Sus padres lo despidieron en la estación llenos de incertidumbre. También estaba Tala: callada, robotizada. Él la abrazó y le dijo al oído: -No llores, será cosa de dos años. Ella no lloraba, lo miró perpleja y siguió hundida en su silencio. Cuando subió al tren se dio cuenta que en la mano llevaba las gorditas con queso y rajas preparadas por su madre para que no comprara algo que le indigestara en el camino.

En su partida quiso captar los rostros conocidos: Juan, el bolero; "El Chafis" que vendía el periódico; la mujer con los billetes de lotería; Luisín que comenzó de maletero y así se quedó, con el mismo nombre y con el

mismo puesto; Pedro que cortaba la rebanada del dulce de cajeta y regalaba su ganancia por ver una sonrisa y sentirse útil en ese paisaje cotidiano. Les dijo adiós con la mirada y se dispuso a buscar su asiento.

No supo cuándo se quedó dormido. Su sueño, casi pesadilla, lo hizo balbucir palabras que distaban mucho del castellano. El tren seguía su camino, firme, seguro, rítmico; pasó por Querétaro y por León. Gustavo vagaba por otros caminos fantasmales cuando las voces de otros pasajeros lo volvieron a la realidad. El tren entraba a la estación de San Luis Potosí. Se talló los ojos; le dolía la cabeza y vio con asombro que comenzaba a oscurecer.



Por primera vez pensó que llegaría a su destino gracias a los hombres que pasaban su vida colocando rieles y durmientes, cambiando la dirección de las vías,

conduciendo máquinas, o quizás dirigiendo maniobras desde una oficina, pero que facilitan el traslado seguro y económico a diferentes puntos del país. Pensó en su tío que había muerto accidentalmente como fogonero, en las labores de su ramo y del cual nadie dijo que hubiera muerto en el cumplimiento de su deber, porque eso sólo se dice en los casos de los militares, bomberos o policías.

Una voz infantil lo sacó de su meditación: -¿Me prestas una revista? Gustavo volvió el rostro para verlo y ver de qué revistas se trataba. Enseguida se dio cuenta que los pasajeros que habían bajado las dejaron. Tomó una y se la dio al pequeño que le dio las gracias. Él tomó la otra con la intención de distraerse. La abrió al azar y vio un anuncio de alimento infantil. Se puso triste; Nelly no le pudo dar un hijo. Cerró la revista y la dejó caer en el asiento, después entornó sus ojos; pensó en Tala; su tabla de salvación.

Se le hizo muy largo el camino hasta Saltillo, pero en esta ciudad recobró ánimos: estaba a poco más de una hora de volver a su tierra, a su gente, a Tala. Deseó con el alma estar ya en la estación conocida, saludar a Juan, al "Chafis", la billetera, a Luisín y probar el dulce de Pedro. Por primera vez se atrevió a sonreír desde que había iniciado el regreso.

El ánimo le duró poco. Antes de llegar a Monterrey, lo atacaron las dudas como brujas de otros mundos: ¿y si Tala ya no lo esperaba? y, ¿si ella ya fuese ajena? y, si



no lo perdonaba, ¿qué sería de él?. Después de todo, la última de sus cartas databa de varios meses atrás; al parecer le cobraba su abandono. De pronto le vino un sentimiento de extrañeza. Casi al final del trayecto se daba cuenta que no había visto las casitas de los guardavías, ni tampoco los viejos vagones que servían de casa a los garroteros y fogoneros. Recordó que de niño, las había visto, Le parecían alegres con sus botecitos colgando con flores Amor de un rato; la ropa tendida al

Por primera vez pensó que llegaría a su destino gracias a los hombres que pasaban su vida colocando rieles y durmientes, cambiando la dirección de las vías

sol cerca del carro-casa y todas las ventanas abiertas. Entonces con sus ojos de niño las veía frescas, divertidas y cómodas. También notó la ausencia de los peones, y del armón en que se transportaban; alguna vez pensó en manejar alguno, si se lo permitían, porque ir al aire libre y la seguridad de las ruedas dentro del riel, le fascinaba.

Todo esto lo llevó a reflexionar que en los accidentes con otros vehículos, el que maneja la locomotora no puede tener la culpa ya que el tren no se sale de la vía, salvo en algún desafortunado descarrilamiento, y se dijo imitando a su abuelita: - "Dios guarde la hora" y recordando la frase del abuelo: - "Toco madera", pero no la buscó para tocarla.

Al poco tiempo el tren anunció su entrada olímpica en la Estación del Golfo; ya para entonces Gustavo era un manajo de nervios. Bajó su maleta y sacó el pañuelo para secar su frente y sus manos empapadas de sudor frío y perlado. La angustia lo envolvió y miró por la ventanilla. Se quedó perplejo. No encontró ningún rostro conocido. El ambiente era otro: más amplio, más limpio, más brillante...más vacío. Bajó con toda rapidez de que hizo acopio y salió a buscar un taxi. No batalló en encontrarlo; dio la dirección y se extrañó que ahora tuvieran marcador dónde se leía cómo subía el precio.

Pagó y se bajó con el último aliento que le quedaba en juego. Tocó; no hubo respuesta. Todo estaba oscuro;

eran las doce de la noche; con mano titubeante oprimió nuevamente el timbre. La puerta se abrió y él entró con sigilo. Al instante alguien encendió la luz y todos, familiares y amigos, le aplaudieron. Buscó con la mirada a Tala. Ella venía de la cocina con un pastel en las manos. Al verlo, exclamó: - Gracias por volver en el día de mi cumpleaños.



Gustavo corrió a abrazarla, musitando un "Gracias a Dios" que nadie escuchó y surgió la pesadilla: - ¿Cómo explicarle que volvía viudo? Tal vez algún día se dijo, y la soltó para ir a besar a su madre, cuyo contento estaba a punto de enloquecerla.

Susana

¿Hay alguien aquí? La voz de Susana recorrió todos los rincones de la casa y llegó al traspatio, pero no hubo respuesta alguna. Ella insistió de nuevo, a la vez que empujaba la portezuela en vías de extinción.

Hacia cinco años que ella había partido en busca de su "felicidad", armada sólo de sus ilusiones y con la confianza puesta en Salvador, su novio.

Entonces con ello se creyó bien equipada, además como secretaria de su tío Martín y con el inicio de sus clases de inglés, pensaba que no sería estorbo para Salvador, ya que ella sabría ganarse el pan de cada día.

Miró con tristeza el montón de polvo que cubría los pocos muebles ya desvencijados, las telarañas que como encaje lucían los ángulos superiores de ventanas, puertas y paredes. Quería sentarse, pero dónde; de pronto sintió un ahogo y el llanto cobró fuerza sin su permiso. Sus padres eran pobres pero siempre la trataron bien. Se fue porque Salvador iba a trabajar en la capital y él temía que ella tomara otro novio y lo dejara plantado.

Les había dejado una carta. Sacó un pañuelo y secó sus lágrimas tardías. Siempre había sido orgullosa

y por ello no regresó cuando las cosas no salieron como esperaba, prefirió aguantar los maltratos de Salvador cuando ella hablaba de meterse a trabajar; los primeros meses, la novedad y la libertad que gozaban lejos de quienes los conocían le permitió pasarla tranquila; pero cuando Salvador le empezó a pasar cada vez menos "raya" para los gastos de la casa y sus menesteres, ella hubo de verter su opinión acerca de buscarse un trabajo para contribuir. Él se exaltó desde el principio. Primero tratando de convencerla con razones inverosímiles que ella no entendía; luego con la persuasión de que la capital era peligrosa y ella no sabía hacer nada.

Susana dejó pasar tiempo porque había escuchado de su madre que éste pone las cosas en su lugar. Ya tenía más de dos años en la misma situación y como no había señales del primer bebé, ella volvió con la carga. Él se indignó, pero Susana insistió, advirtiéndole que ya había captado su egoísmo y conveniencia; como él era el que trabajaba se compraba la mejor ropa, lociones y hasta adquirió un auto. Ella no necesitaba andar tan presentable, para qué: lavar platos, ropa, pisos, baños, incluso el carro los domingos, no ameritaba un esmerado arreglo personal.



Ella no dijo más que verdades; pero él habló de la falta de agradecimiento, de que por él conocía la capital y tenía el respeto de sus vecinos y compañeros de trabajo; esta vez ella no lloró; le advirtió que si no trabajaba el tedio y la falta de dinero para gastos personales la llevaría a dejarlo. Él dio un portazo y se fue a la recámara. Esa noche ella durmió en el sofá y tenía la firme decisión de irse por la mañana con sus pocas pertenencias.

Él se levantó como si nada y buscando una reconciliación le increpó: -Si vengo temprano iremos al cine y a cenar.

Susana no contestó. Sabía leer las reacciones de Salvador: casi en tres años sólo en navidad había hecho eso y ella había llorado por estar lejos de su familia y por comprender qué solos estaban: en esas fechas el cine estaba vacío y el restaurante que podía pagar su pareja era de segunda categoría.



Salió temprano con maleta en mano; había dejado una carta donde le decía que no la buscara, así ella tendría un bonito recuerdo del tiempo que estuvieron juntos.

Después de varios días en que no supo cómo la pasó, encontró trabajo en una fonda. Allí conoció a Justina que se convirtió en su amiga y confidente. Ella pertenecía a un club de mujeres divorciadas y de inmediato le tomó simpatía.

Justina fue quien le señalaba en el periódico los empleos que podía solicitar.

Fue todo un peregrinar. Salía temprano de la casa de ella, su nueva y única amiga, y en la noche volvía decepcionada, aparte de cansada.

En las solicitudes se hablaba de competencia, trabajo por equipo, creatividad; porcentaje de segundas lenguas y otras cualidades que ella no tenía, porque en su pueblo había estudiado poco. El despacho de su tío Martín llevaba pocos asuntos y el curso de inglés, apenas comenzado no daba para nada; lo que ella sabía lo sabía cualquiera: OK, Thank you, ¿What is your name? ¡Your speack english! I am sorry, beatiful, yes, I do not, etc..

Pronto hubo de comprender que lo poco que ganaba en la fonda era todo lo que merecía. La depresión hizo

presa de ella y se sintió acabada. A Justina le costó mucho hacerle ver sus cualidades: joven, bonita, agradable, buena voz, ganas de aprender y voluntad de trabajar. La enseñó a decirse quedito y muy fuerte: Yo puedo. Susana respondió bien al tratamiento y después de varios meses de ahogarse en un vaso de agua, salió con nuevos bríos a buscar trabajo.



Lo encontró en un periódico vespertino y hubo de dejar la fonda porque en ésta sólo se brindaba el servicio de comida y cenas. Poco a poco se fue ganando la estimación de su jefe y de la supervisora, al grado de que alcanzó a mejorar de sueldo y categoría.

Susana aprendió a querer a Justina. Nadie se había portado tan bien con ella, ni siquiera Salvador, a quien le regaló casi tres años de su vida.

En el periódico conoció a Fidel y luego de un año de buenas relaciones se casaron. Ella pensó en volver a su casa a ver a sus padres, pero la felicidad la volvió egoísta y vivió dos años con Fidel como si no tuviera pasado. En

él vió su futuro asegurado y la ilusión por compartirlo. No era perfecto y de vez en cuando le preguntaba, frunciendo el ceño: -Si encontraras al tal Salvador, serías capaz de volver con él. Ella soltaba una carcajada y a él le bastaba esa reacción para sentirse seguro. Por esto ella tampoco quiso volver al pueblo; temía encontrarse con Salvador y suscitar los celos de Fidel.

Una ocasión, ya habían pasado cinco años de su fuga, soñó que la casa de sus padres se quemaba y ella gritaba a los vecinos que le ayudasen a salvarlos. Se despertó angustiada. Fidel le dijo que los sueños, sueños son.

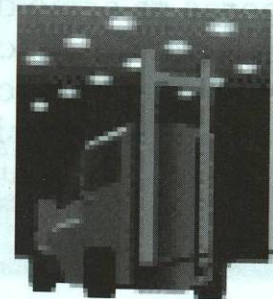
Ella comenzó a evaluar su conducta, y el amor de sus padres no valorado cobró tal trascendencia que después de su pesadilla, habló con Fidel porque quería volver a su pueblo. Él no objetó nada sólo que le pidió que fuera sola; a ella le extrañó porque en el fin de semana podrían ir juntos, pero él le dijo que después de tanto tiempo, sus padres podrían recriminarle su larga ausencia y él no quería ser testigo de algún conflicto.

Susana salió de su casa con sus maletas y sin saber porqué, tuvo la sensación de que abandonaba la capital para siempre.

Cuando en la estación se encontró con un viejo amigo de su padre, lo saludó con emoción y declaró

entusiasta:- Vengo a ver a mis padres. Él la tomó del brazo y le dijo: Ven, Susanita, te invito a comer. Ella le dijo que no tenía hambre, pero él insistió y la llevó al restaurante más cercano. Él sólo pidió café y el temblor de sus dedos al tomar el vaso, como el de su voz, prepararon a Susana para escuchar algo solemne.

La voz del buen hombre le llegaba de lejos, impersonal, como si se tratara de una grabación. No entendió lo que dijo, ella le pidió que hablara más alto. Él repitió solemne: Así fue, Susanita, tal como te lo cuento. Ella no podía llorar, no entendía; este hombre hablaba de que hacía tres años el cinco de mayo, como hoy, y repitió como hoy, un camión de carga conducido por un ebrio, entró a su casa y cortó la vida de sus padres que en esos momentos, veían la televisión en la sala.



No supo Susana cuánto tiempo estuvo ahí, sentada como autómatas, recordando su niñez, la vida que llevó con Salvador, sus angustias de no encontrar empleo, y aquí fue cuando la tragedia de su orfandad, llegó a su cerebro y a su corazón. Quería gritar: ¡No es cierto! Pero se abstuvo. Ese hombre no tenía razón para mentirle.

Le dijo: -Déjeme sola. Usted ya cumplió. El hombre pronunció quedamente un "perdóneme", igual hubiera dicho, lo siento o adiós. Ella no escuchaba, no miraba; estaba dando paso a una verdad que como monstruo le comía las entrañas y la culpa se apoderó de ella. Pensó que si cuando dejó a Salvador hubiese regresado a su casa, sus padres estarían vivos, o quizá ella se hubiera ido con ellos, y eso hubiera sido mejor, que este ahora que se había poblado de orfandad y soledad para hacerle castigar por su abandono.

Después de dos horas se armó de valor y se encontró empujando la vieja puerta de la casa de sus padres. Algunos vecinos le debieron poner cerrojos para que los vagos no entraran a hacer sus necesidades. Dejó caer su bolsa y se prometió limpiar y restaurar esa casa tan querida y suya, ahora comprendía que su hogar no podía estar lejos del pueblo.

El torrente de lágrimas se había agotado. Cobró ánimo y recordó a Justina. Sí, iría por ella y ahí pondrían una fonda. De todas maneras podría trabajar

con el periódico a distancia; enviaría noticias del pueblo; las más sobresalientes.

Lo primero que hizo después de que entre ella y Justina pusieron la fonda, fue abrir una investigación sobre el hombre que mató a sus padres. Contrató a un abogado y él, generosamente la invitó a no abrigar rencor; el suceso fue un accidente, al chofer le habían fallado los frenos; pero ella quería vengarse y él le dijo: - Me doy cuenta que la belleza no va con la bondad.

Susana se sintió avergonzada cuando supo que el hombre estaba en la cárcel y que su esposa y sus cinco hijos la pasaban mal. Los conoció y con frecuencia los invitaba a la fonda para que comieran lo que quisieran.



Después de justificar sus desplantes vivos y oídos de lejos, y con el tiempo, el abogado la pretendió y ella antes de aceptarlo agenció los trámites del divorcio, porque no quería volver con Fidel.

Él no estuvo en los momentos más difíciles de su vida. No la quería lo suficiente. Enterarse de la muerte de sus padres fue muy traumático; pero habría de recuperarse porque tenía dos apoyos muy fuertes: Justina y el abogado.

EL DESPERTAR

Durante doce años había vivido en la dulce inercia de que él, su marido, era bueno. En cuanto habían vuelto de la llamada "luna de miel" en la cual Ernesto se la había pasado de llamada en llamada para checar la oficina y de queja en queja, porque sin su presencia no marchaban igual las cosas, Marisa se había puesto una venda sobre los ojos y sobre los oídos, para así sólo ver y escuchar lo que ella anhelaba y no los exabruptos de su esposo.

El hombre al principio se portó cauteloso; poco a poco fue dando a conocer su personalidad de incomprensible e incomprensivo. Un día se levantaba sin saludar, otro no avisaba que faltaría a comer, otro más veía irritado sin ser visto, y después, levantó la voz para ya no bajarla.

Ella no disminuía la guardia, es decir, ese enmascaramiento utilizado como estrategia para que sus gritos no le llegasen. Lo fue viendo como un forastero de paso, en su rica imaginación nació la idea de que Ernesto no era malo, sino que estaba confuso por el cambio de estado civil.



Después de justificar sus desplantes vistos y oídos de lejos, y por ello atenuados, decidió emplear esa máscara invisible para